

CELCIT. Dramática Latinoamericana 385

DESDE EL ANDAMIO

Carlos María Alsina

PERSONAJES: M (1) / F ()

Él

(En escena un andamio de altura, de esos que se cuelgan. Allí está ÉL. Lo acompañan tarros de pintura, elementos de construcción, un balde de albañil, una cuchara, etc. Estos objetos fueron transformados en cama, mesita de luz y otros “muebles” que lo han convertido en un pequeño lugar para vivir. La estampa de una virgen está pegada en alguna parte. ÉL hablará con ella durante la obra como así también con claveles del aire que se han ido depositando, a través de los años, en el andamio. Está acostado sobre la “cama” leyendo un viejo y amarillento diario, de los que le sirvieron en el pasado. Como no se siente cómodo, se levanta y coloca un ladrillo como almohada. Es la mañana temprano. Está sin sus zapatillas)

ÉL: (Leyendo) “Argentina eliminada por Rumania. Adiós Mundial 94 para el equipo nacional”. Pobres muchachos... ¡qué frustración!

(Mira hacia abajo. Grita)

¡¡Eyyyy, perdimos con Rumania y quedamos eliminados!!

(Espera que le contesten pero no hay respuesta)

(A la Virgen) Y claro, qué me van a contestar si no me escuchan. Y tal vez ya sean noticias un poco viejas, ¿no?

Abajo se ve todo tan chiquito. Nunca dejo de sorprenderme. Y arriba todo es tan grande. Mi único problema, a veces, es el viento. Cuando sopla con fuerza me quiere tirar. Pero no puede. Siempre logro quedarme aquí. Cuando llueve mucho me protejo aquí abajo (señala debajo de la cama)

El día en que me quedé aquí no tenía nada. Bah, sí tenía todo lo que ahora tengo. Lo que pasaba es que no lo había organizado como ahora. (Piensa) Así que fuimos eliminados del Mundial. Bueno, yo ya lo sabía... pero éste es el único

diario que tengo y me gusta leer las noticias como si fuesen nuevas... para tener un motivo para esperar, ¿no?
Pero hoy... hoy... esta noticia me entristeció mucho... bueno, me volvió a entristecer, mejor dicho.

(Vuelve a gritar hacia abajo)

¡¡¡Perdimos con los rumanos!!!
Bah... es al vicio, aunque yo no pierdo las esperanzas.

(SILENCIO)

(Se coloca las zapatillas. Cuando toma una en sus manos se le ocurre una idea. Las utiliza como si fueran cornetas de teléfono. Se habla y se contesta a sí mismo)

-¿Extrañas algo vos?
-Sí. La comida.
-¿La comida? ¿De quién?
-De mi ex mujer, la Gorda.
-¿Cocinaba rico la Gorda?
-Sí. ¡Tenía una mano! Es que lo hacía con amor.
-Y las cosas que se hacen con amor salen bien, ¿no?
-Bueno... eso era lo único que ella sabía hacer con amor.
-¿Seguiré cocinando así?
-No sé. No la he vuelto a ver desde el día en que me quedé aquí.
(Deja las zapatillas, habla con la Virgen) No volvió nunca más a visitarme. Ese día vino con otras personas que parecían importantes, de traje, en un auto. Gesticulaba hacia aquí, creo que lloró un poco aunque no pude verla bien por la distancia... estaban la policía, los bomberos, una ambulancia y hasta la televisión... esos hombres anotaban y escribían. Miraban hacia aquí y hacían señas y qué se yo...

(Se para y representa ese momento)

¡¡No, no... me quedo aquíííí!!... ¡Que me quedo aquíiiiií!! ¡¡No quiero bajar más! ¿me escuchan? ¡Digo que no quiero bajar más!! ¡¡No quiero volver ahí! ¡Me cansé de ahí abajo! ¡Aquí el sol está más cerca! ¡Váyanse y déjenme en paz! ¡En paaaaaazzz!
(A la Virgen) Hubo un poco de alboroto al principio pero parece que después entendieron y se fueron. Y todo volvió a la normalidad.
Al principio extrañaba un poquito. No mucho, ¿no?... pero después me fui acostumbrando.
Menos mal que no siguieron construyendo el edificio. Hubiese sido más difícil quedarme si la obra continuaba. (Besa a la Virgen) Soy un tipo de suerte.

(Mira hacia abajo. Distingue algo que le interesa. Se apresura y toma el balde con mezcla)

Qué raro, siempre tengo la misma cantidad de mezcla.

(Con la cuchara saca un poco de ella, apunta bien y lanza hacia abajo el contenido)

¡¡Justo le dí!! ¡Y en la pelada! ¡Ja,ja,ja!! Ahora tendrá que volver a cambiarse. Es que ese tipo no me gusta. Sale del edificio 5 todos los días bien arreglado, peinadito, hasta aquí se huele el perfume que se pone, no hay vidriera en la que no se vea y se admire. Se sube a su auto último modelo y arranca como si fuera el dueño del mundo. Ya era así cuando yo estaba todavía abajo. Casi nos atropellaba cuando entrábamos a trabajar al edificio todos los días. Y ahora, todas las mañanas, tiene que volver a cambiarse. ¡ja,ja!
Él mira para aquí pero no ve nada. Es que estoy bien arriba... y como ya no hay nadie trabajando, no se explicará desde donde le cae la mezcla.

(PAUSA)

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

(Pregunta a los claveles del aire)

-Ey...hola. Despertate. ¿Cómo están las cosas allá abajo? (espera la "respuesta")
Ajá, igual

(Va hacia otra planta)

-¿Y por allá abajo?
Igual.

(A una tercera)

¿Y de ese lado?
Claro, abajo todo sigue igual, en cambio aquí arriba sí que las cosas cambian. Las nubes, por ejemplo, ¡Es como ir al cine! ¡Y no pago la entrada!
Me quedo horas mirando horas las películas de las nubes. Aunque hay veces en que amanece todo despejado y se suspende la función.
Esos días hago un pic-nic.

(Va hacia el otro extremo del andamio cantando una divertida canción, se arremanga los pantalones, se baja las medias y se sienta mirando hacia otra dirección)

Hasta los tobillos me voy a tostar.

Me gusta mirar el horizonte sobre los edificios. Y, entonces los techos de chapas, las torres de agua, las terrazas con sus ropas que flamean, se convierten en copas de árboles, en hojas que bailan. Y arriba, un cielo inmenso y total que termina en un horizonte mezcla de gris y de violeta.

(Con la mirada sigue un pájaro que pasa)

(Extrae del bolsillo una plomada y la arroja sosteniéndola de un extremo)

Es difícil pescar pajaritos. Pero lo bueno es la espera. Una sola vez pesqué algo. Yo miraba la línea gris con violeta y de pronto sentí un tirón, algo suave, como una caricia que uno le hace a un hijo. Bajé la vista y ví que un gorrión daba vueltas y picoteaba la plomada como queriendo saber qué era eso. Me quedé quieto. Entonces, el gorrión se animó a apoyarse en el plomo. Me miró. Como preguntándome:
-“¿Qué querés?”

(ÉL levanta los hombros en señal que no sabe)

El gorrión se quedó quieto y yo entendí.

(Levanta con sumo cuidado el piolín de la plomada trayéndola hacia sí. Le habla al pajarito)

-Hola. No te asustés. No tengas miedo. No te voy a enjaular ni nada. Es que a veces me siento solo y como no tengo con quien conversar...

(El actor hace como si el gorrión hubiera volado hacia su hombro)

Entonces él saltó sobre mi hombro y apoyó su cabecita sobre mi cuello. A mí me hizo un poco de cosquillas pero ni quise reírme para no asustarlo. Así nos quedamos un buen rato y desde entonces somos amigos.

(Hace como si el pajarito levantara vuelo imprevistamente. Una plumita saluda en el aire)

No viene todos los días, como los buenos amigos, pero siempre vuelve trayéndome unas miguitas que él encontrará quien sabe adónde. Yo se las acepto para no despreciarlo pero la verdad es que ya no tengo hambre. Me basta acordarme de los sabores y con eso me alcanza.

Antes, cuando vivía abajo, comía como un desaforado. Los muchachos de la obra me decían: “Te vas a atragantar, ¡pará la mano!” Pero yo no les hacía caso y seguía comiendo.

¿Hace cuánto ya de eso? No sé... perdí la cuenta. Antes llevaba la cuenta del paso de los días y de las noches aquí (Señala una de las cuerdas en las que se

sujeta el andamio) pero me aburrí y yo tengo el aburrimiento un poco corto, abandoné la cuestión.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

La cosa es no aburrirse, no aburrirse... no aburrirse...

(Mira a una de las plantas) ¡Apostemos si la primera persona que dará vueltas por aquella esquina es un hombre o una mujer! ¡Yo digo que es un hombre! Si gano yo leeré el diario dos veces hoy. Si pierdo yo, sólo una vez. (Mira) ¡Es un hombre! ¡gané yo! ¡Ahora hagamos un campeonato a ver si pasan más autos blancos que verdes, que grises, que taxis...! Yo soy hincha de los rojos, porque soy de Independiente si gano voy a tirar papelitos y celebrar como si hubiera ganado un campeonato.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

(Comienza a limpiar su cama de madera con un cepillo)

Nunca tuve auto, aunque sí tuve una bicicleta, roja, por supuesto, que extraño un poco.

Era lindo, en el verano, salir a la mañana temprano, y sentir ese aire fresco en la cara. Aunque la verdad es que aquí arriba, el aire se siente mejor.

Además, ¿para qué necesitaría una bicicleta aquí?

Lo que sí extraño mucho es mi carretilla. Era lo que más quería porque me la regaló mi papá cuando yo era chico. Mi carretilla era como una prolongación de mis brazos. Podía calcular exactamente el peso que cargaba. A veces hacíamos apuestas con los muchachos:

-Cuánto llevás ahí?

-75 kg. y 220 gramos.

-Ohhhh!!! 75 y 220 gramos (escépticos)

La pesábamos y... ¡75 y 220 gramos!... siempre ganaba yo. ¡Si habré comido asados gratis por mi carretilla!

Y no sé qué pasó con ella. El día en que me quedé aquí yo venía atravesando por el andamio para cortar camino y de pronto... fue un momento de distracción... no sé... se me habrá caído o quizás alguno me la robó. La cosa es que nunca más he vuelto a verla.

¡Qué raro! ¡Cómo conservo todavía la sensación del peso de la última vez que la cargué!

(Mira hacia un lado)

¡Ufa! Ya comenzó la discusión de todas las mañanas en el edificio 8, piso 2, ventana 3. ¡Qué parejita! Se sacan los ojos discutiendo quién puso más dinero para comprarse el auto.

Por eso yo no tuve auto. ¡Bicicleta! ¡Y roja! Y ahí la subía a mi gorda. Claro. Doblado estaba el caño. Y a veces cuando tenía que agarrar por calles en subida... (representa la situación)

-Por Dios, gorda: que ya no doy más.

-Bueno, si me das para el ómnibus, me bajo.

Y yo le daba y ella se iba chocha. ¡Era piola la gorda en el fondo!

(Mira de nuevo)

Ahora salen por la puerta de calle del edificio. ¡Ahh... son la pareja más armoniosa del mundo! Ella le muestra los dientes al portero, él le pregunta sobre los resultados de la quiniela como para establecer una complicidad que ni le interesa... ¡estos hipócritas...! (Él se apura. Tapa con su gorra a la estampita de la Virgen)

Disculpá, mamita.

(Toma un codo de un caño, se gira, se baja la bragueta para orinar hacia abajo)

Espero que no haya viento en contra.

(Orina por allí hacia el lugar en donde se supone está la pareja)

¡¡Justo!! ¡Éste no falla nunca, tiene el ángulo perfecto!

(Sacude el codo y destapa a la Virgen)

Ahora podés mirar.

No le cae a ellos, mamita, no me retés (a la Virgen). Al parabrisas del auto por el que discuten, nomás.

(Ahora Él mira hacia otro lado)

Ya se levantó la vieja de la ventana 13, piso 7 del edificio 4. ¡Esa sí que es una vieja jodida! (Observa) Ahora alza la persiana, mira hacia abajo, espera que llegue una mujer, porque se especializa en mujeres, calcula bien, y sacude la alfombra en el exacto momento en que la pobre está pasando.

¡Eyyy señora! ¡No le tire basura a la chica! ¡No ve que va a trabajar!

(Observa) No hay caso, no yerra nunca. Debe ser campeona argentina de sapo esta vieja. Hace lo mismo todos los días desde que se quedó viuda.

(Él hace como si la Virgen le dijera algo)

Está bien, está bien...no me retés. Sí, yo también hago... pero yo tengo motivos. Al pelado del edificio 5 porque es un arrogante, a la pareja porque discute por estupideces... ¡Pero aquella vieja es una indiscriminada!

(Mira hacia el sol)

¡Uy! ¡Casi se me pasa la hora del mensaje!

(Saca de debajo de la improvisada cama un atadito de bolsa de plástico. De su interior extrae dinero y lo cuenta)

¡Qué raro, siempre tengo la misma cantidad! Y bueno...

(Ahora saca un billete de poco valor, vuelve a colocar el resto en su lugar, y con un lápiz escribe en el billete elegido. Luego arma un avioncito, se coloca en el extremo del andamio y lo lanza al vacío. Observa la trayectoria del mismo)

¡¡Aterrizó!!... A ver qué pasa hoy. (Observa) Mmmm... ese de chaleco bordó puede alzarlo.

(Tiene expectativas pero éstas se desvanecen)

¿A ver aquel de saco azul?

(Igual)

Bah... ¡pasa lo de todos los días! Nadie lee mi mensaje. Primero probé escribiendo en los bordes de los diarios, pero... ¿quién va a levantar un papel de diario en la calle? En cambio el dinero es más tentador, pero ni aún así consigo que lo lean. No. Miento. (Siempre con la Virgen) Una vez un changuito, como de cinco años, que no debe haber sabido leer, encontró el billete y alzó la vista hacia aquí. Yo le hice señas, y él... me saludó... como por si acaso. Como un saludo al infinito.

¿Qué se habrá comprado con dos pesos? Y bueno... aunque sea algunos caramelos. Tuve suerte que el día que me quedé aquí fue el día del pago semanal. Por eso tengo mi platita guardada. No tengo problemas bancarios, no pago los servicios, a mi la plata me sirve para hacer avioncitos con mi mensaje y largarlos. Algún día alguno lo va a leer.

(Mira hacia un costado)

¡¡EYYY... Don Zoilo... no se sacuda los mocos hacia abajo. ¿No ve que pasa gente por ahí?

No hay caso. Éste tampoco me escucha ni me saluda.

De todas las ventanas de todos los pisos de todos los edificios que me rodean no conseguí uno sólo que me salude.

Sólo el perro del edificio 5, ventana 24, piso 7, cuando me ve, ladra. (Hace los ladridos del perro) Y los dueños lo retan, claro. Tendrán problemas con el consorcio. Cuando lo sacan a orinar por las noches, él mira hacia arriba y me ladra varias veces. Y después se lo llevan a los tirones. Pero cuando vuelve, hace un ladrido como de "buenas noches".

(Imita el supuesto modo de ladrar del perro cuando lo despide)

Y yo lo despido... ¡Hasta mañanaaaa...! ¡Limpiate los dientes!

Y ahí comienza lo lindo, porque yo tengo mi coro personal. ¡Ahí se suma el fox-terrier del edificio 2! (Se escucha el ladrido de un fox-terrier. Él comienza a dirigir como si fuera un Director de Orquesta)... ¡el dogo del tres! (Idem)... ¡el chihuahua del 4! (Idem)... ¡El Lassie del 6! (Idem)... ¡El Gran danés del 8! (Idem). (El coro de ladridos irrumpe en la escena y él modera los volúmenes, las entradas, etc. Al final concluye con un solemne gesto final. Y saluda a los cuatro costados)
¡Telón, telón! (Con las manos imita el cierre de un telón. Luego las ahueca, y mira por el aujerito)

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse.

(Busca una botellita de agua, toma un tarrito agujereado que hará de regadera y moja las plantas)

Y a mí la música me gusta. No hay caso. Me hubiera gustado tocar un instrumento, aprender música cuando era chico. ¡Qué sé yo! El arpa... el piano... la guitarra, por lo menos. Pero mi viejo me llevó a la construcción desde muy chiquito. ¡A laburar, carajo! ¡A hacerse hombre! Yo le pasaba los ladrillos. ¡Papá! (Imita como le tiraba los ladrillos a su padre desde abajo y como éste los recibía) ¡papá!... ¡papá! ¡¡Tengo una calidad para arrojar ladrillos!! ¡Adonde apunto acierto!
(A la Virgen) ¿Querés ver?

(Se levanta, toma un ladrillo y hace el amague de arrojalo en dirección al "edificio 5")

No, no le voy a tirar porque vos me vas a retar. El pelado ese vive en un piso con siete ventanas vidriadas. Podría tener seis. Pero no... se gastaría un presupuesto en vidriería.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse.

(PAUSA.)

¿Y si le cambio el nombre a las cosas? A ver... a ver... al andamio le voy a poner:... "tarro". "¡Cómo me gusta mirar hacia abajo caminando desde el "tarro"!"

A los tarros les pongo "fletachos": "¿Resistirán los "fletachos" que cuando me acuesto? A la cama: "cuchara", y al vacío: "lleno". Entonces puedo decir: "¿Resistirán los "fletachos" que me acueste sobre la "cuchara"? ¿No me caeré al "tarro" para luego precipitarme al "lleno"? ¡No hay caso! ¡Es otra cosa, otra lengua! ¡No hay caso!

Al perro le pongo "paloma". Ya está ladrando la "paloma" del edificio. Y a las palomas, "perros", ¡"Ahí viene "corriendo" el perro" blanco a posarse en mi "tarro"!

A veces, con tanto cambio, termino por olvidarme del verdadero nombre de las cosas y se me hace un "lleno" en el "talón", o sea, un vacío en la cabeza. La cuestión es no dejarse joder por el tiempo. Porque el tiempo es lo verdaderamente jodido. Cuando estaba abajo corría todo el tiempo contra el tiempo... (Se detiene, reflexiona)... "corría todo el tiempo contra el tiempo"!

(Se queda un momento inmóvil, como reflexionando y dejando correr el tiempo)

En cambio aquí arriba lo puedo detener al tiempo. ¿Has visto? (A la Virgen) Abajo sentía más el cambio de las estaciones... el frío, el calor... en fin. En cambio aquí arriba no siento ni frío, ni calor. Temperatura ideal. Es como si el tiempo no pasara. Y eso es un peligro, porque puede ser aburrido, pero yo...

(Levanta otro ladrillo y vuelve a hacer el amague de lanzarlo, pero no lo hace. A la Virgen:)

¡Ahhh! ¡Creías que lo iba a tirar, ¿no? No... si el pelado tiene un hijo de nueve años. Se puede asustar.

(Se ha quedado con el ladrillo en la mano. Reflexiona)

A mí me hubiera gustado tener un hijo. (Deja el ladrillo en el balde que cuelga del andamio)

Yo quería pero la Gorda no podía. Y ella me echaba la culpa a mí: "¡Sos vos, sos vos que tenés los espermatozoides cortos!". "No, Gorda, andá a Doña Marta. Ella sabe hacer esos "trabajitos" y quedarás embarazada". Pero no, ella andaba de doctor en doctor, de doctor en doctor... ¡Y más que no le gusta la plata a esos doctores! Hasta que un día, encontró a uno decente que se la cantó clarito: "Señora, es Ud. quien no puede tener familia". ¡Cómo lloró ese día! Pobre. Yo quería consolarla, pero no sabía cómo hacer. Es que uno es medio bruto, le daba vueltas alrededor y no alcanzaba a decirle nada. Hasta que me animé: "Mi amor, no llorés más. Mirá en la vida hay cosas peores. Sin ir más lejos, el domingo perdió Independiente contra Racing, y de local". ¡¡Me tiró con una plancha, de esas viejas, de antes!! Rozando me pasó las sienes. Dos semanas estuvo sin hablarme ni plancharme las chombas. Pero justo venía su cumpleaños así que yo le regalé una planchita, así, de plástico, porque había que "reducirse", y se quedó contenta.

(PAUSA)

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

(Mira hacia todos lados buscando algo para hacer. Observa la botellita de agua)

¡Ahhh! ¡Qué rica que es el agua! Y ésta es de lluvia. No es mineral. ¡Es de lluvia! Yo tomo porque no tengo sed. Para no perder la costumbre. Porque ya ni sed tengo, ni transpiro.

Aunque me baño, ¿no? Cuando vienen esas lluvias fuertes, como duchas, me doy un bañito.

(Lo hace)

No me saco todo, ¿no? Me quedo en calzoncillos slips, claro. No vaya a ser que alguna vieja me denuncie por exhibicionista. O se asuste.

(Abajo se escuchan gritos y rumores como los de una manifestación. Él se aproxima al borde y observa)

¡Ah! La manifestación de las once menos cuarto. ¿Ésta por qué es?
(Se fija y lee) ¡Ahh, la de “¡Trabajo ya!”.

(Se fija en la piola que sujeta al andamio en donde ha ido anotando el número de cada marcha)

¡Y tienen razón, che! Es la manifestación número 524 por lo mismo.

(Se involucra. Grita como si estuviera abajo)

¡¡Den trabajo ya!! ¡Esa gente se está muriendo de hambre!! ¡¡Trabajo, trabajo, trabajo!!

(Se escuchan bocinazos. Él se dirige hacia esa dirección)

¡Esperen Uds. esperen. Uds., al menos, tienen 4 ruedas, esa gente va con chicos en brazos!

¡¡O hambre o nafta!! ¡¡O hambre o nafta!!

(Los saluda dándoles ánimo, hasta que se van)

Y capaz que alguno consiga algo. Pero al final te pagan dos mangos y te sacan el lustre como negros. Pero a mí me gustaba trabajar. ¡Andaba con mi carretilla de aquí para allá...! (Se interrumpe) Pero... ¿qué ha pasado con mi carretilla? A veces sueño... (Piensa) Bueno... es un sueño que sueño desde que era chico... vengo con mi carretilla cargada y de pronto me veo cayendo en un pozo sin fin... caigo y caigo y caigo, pero ¡¡No la suelto, eh!! Uy... ¡qué pesadilla!! Y ahí me despierto. En fin... ¿qué será esa tontera de los sueños, no?

(Vuelve a mirar hacia abajo)

¡Ya está! ¡Circulen... circulen!

(A los manifestantes que se escuchan lejanos)

¡Sigán gritando, che! ¡Algo van a conseguir! Ahí abajo el grito vale algo... en cambio aquí...

Es lo único que no me gusta de estar aquí. Que no hablo con nadie. Bah, hablo con las palomas y los gorriones, con el perro del edificio 5 y hasta un murciélago amigo tengo, pero no con otras personas, con la gente.

Bueno, en realidad hablo conmigo mismo. Y me contesto y todo. Y, a veces, hasta me enoja conmigo mismo.

- "Disculpá, che, estuve mal"

- "Y sí, la verdad que sí".

- "Y bueno, vos me ponés nervioso".

- "¡Vos sos el que solito te ponés nervioso!"

- "¿Yo?"

- "Sí, vos"

- "¡Es que vos me provocás!"

- "¿Yo?"

- "Sí. Vos."

- "Bueno, no nos peleemos más"

(El "Otro" no está muy convencido)

- "¡Dale, aflojá! Si, en el fondo, somos parecidos."

- "¿Yo parecido a vos? ¿Estás loco?"

- "Y... al menos cuando nos peleamos, somos parecidos, ¿no?"

- "¿Y cuando no nos peleamos, eh, cuando no nos peleamos? ¡¡Basta que yo diga "negro" para que vos digás "blanco"!!

- ¡¡Bueno, está bien, qué tanto!! ¡Sigamos peleados, entonces!

(Pausa. Ahora es el "Otro" el que se acerca)

- "Está bien. Nos amiguemos"

(Le estira la mano, que es "recibida")

- "¿Amigos?"

- "Amigos".

- "¿Para siempre?"

- "Y bueno... será hasta la próxima pelea, ¿no?"

- "Bueno... hasta la próxima, entonces".

Y entonces yo me voy para un lado, para allá. Y yo me voy para el otro, para allá. Y quedo amigo de mi mismo.

(PAUSA. Mira hacia el sol)

Ya es hora que se asome la morocha del Edificio 3, Piso 8, ventana 17.

(Mira hacia allí)

Todas las mañanas, como hoy, bastante tardecito, abre las persianas de su pieza, sale al balcón y se queda un rato mirando para abajo. (Como una confidencia) A mí me gusta. Tiene un modo de caminar, de moverse. Mmmm... es linda, linda.

Yo la veo caminar esos tres pasitos que van desde la puerta de la pieza hasta la baranda del balcón y ya está... Mmmm... me emociona, me... me... me... ¡bah!... ¿Cómo decirlo?... No es que tenga ganas de... de... bueno, de eso, como tenía antes... no, es otra cosa... me gusta mirarla, nomás. Y bueno... también me gustaría hablar con ella. A veces lee en el balcón. Debe ser estudiante, una persona formada, culta. Una noche salió al balcón con un chico. Él fumó un cigarrillo y después se volvieron, abrazados, para adentro y bajaron las persianas. Claro, habrán hecho el amor. A mí no me dan celos. Aunque le tiré ladrillos toda la noche a la persiana. Cada quince minutos, como para interrumpir... y la luz se prendía y se apagaba, se prendía y se apagaba. Y el tipo sacaba la cabeza y volvía a entrar, sacaba la cabeza y volvía a entrar. Pero, bueno... yo la quiero así. La quiero porque no sé porqué la quiero, porque ni siquiera la conozco. Será que pienso en cómo será ella y por eso la quiero como yo la quiero. Y quizás ella sea totalmente distinta. Pasa, ¿no? que uno se enamora de lo que imagina, no de lo que realmente "hay".

(Se levanta sobresaltado. Ella ha salido al balcón. Él se peina y se acomoda para ser visto. Trata de saludarla, pero no obtiene respuesta. Entonces corre y toma un billete para hacer otro avioncito que apunta cuidadosamente y larga en esa dirección. Sigue con expectativa el desarrollo del vuelo que, se desvía, y cae en otro lugar)

¡Carajo! ¡Cayó en el balcón del piso 7! ¡Y para colmo ahí no vive nadie! Nunca acierto. Ya se va, ya entra. Lástima que vive en un contrafrente y nunca puedo verla caminar por la calle. (A la Virgen) ¡No sabés lo que daría yo por verla caminar más de tres pasitos seguidos!

¿Cómo se llamará Cristina? Porque yo le puse Cristina, pero no sé cómo verdaderamente se llama. ¡Mañana le voy a dar con el avioncito en la frente! Menos mal que no se me dió por tirarle con ladrillos, ¿no? Tengo que seguir practicando para no fallar, y eso que vengo entrenándome desde se cambió ahí. Mañana seguro que voy a acertar y ella me va a mirar. (Piensa) Y al final... ¿para qué? Me pregunto para qué. Con mi mujer, bah, con mi ex mujer porque ella no volvió más a visitarme desde que estoy aquí, también fue parecido al comienzo. No es que yo le tiraba avioncitos, y menos de billetes, no. Le llevaba un bombón, un caramelo, pastillas, que sé yo. Cuando cumplía años, alfajores, o una torta, y en Navidad, un vestidito, en fin... hasta que nos fuimos a vivir juntos y la cosa cambió. ¡Ay!... es que con una mujer nos enamoramos a pesar de lo que decimos... y cuando vivimos juntos, las palabras se terminan. O, mejor dicho, no se terminan: se gastan. Es que cuando uno está enamorado, al principio, todo es lindo. Es como pasar por una vidriera, a uno le gusta mucho una camisa, la compra sin probársela y la lleva a la casa. Ahí se la pone y le queda estrecha, porque así es el amor: siempre hay algo que te queda estrecho. Uno está lindamente incómodo. La macana es que, después, esa camisa se va estirando y estirando, uno se la pone como a cualquier otra y, poco a poco, pasa a ser una camisa más.

Yo no debo estar enamorado de Cristina, porque no sufro por ella. (A uno de los claveles del aire) Esos, los que se enamoran, terminan sufriendo. ¡Quieren ser "felices", "felices"! ¡Si no se trata de ser feliz! ¡Se trata de ser menos infeliz!

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

(Comienza a golpear con sus manos en sus muslos componiendo una melodía)
Yo me he hecho amigo de la soledad. A veces estoy aquí, mirando al horizonte y siento que alguien me toca el hombro. Me doy la vuelta y no veo a nadie pero yo sé que es ella, la soledad, porque sabe tocarme sin tocarme.

(Mira hacia otro lado y descubre algo. Se levanta de un salto)

¡¡Uyyy.... el suicida del piso 14, edificio 2!!
Ya se aproximó a la terraza, como todos los días.

(Le grita tratando de que lo escuche)

¡¡Eyy, Marcelo!! ¡¡Marcelo!! Bah... ni sé si se llama Marcelo, pero algún nombre tengo que ponerle. ¡¡Ey Marcelo, no te suicidés hoy! ¡Dejalo para mañana!
¡Mañana será un día mejor, sin sol, será una muerte más triste!! No sé si me escucha pero nunca llega a tirarse. Hace el amague, se para en la cornisa, se toma la cara con las dos manos, parece que llora y se vuelve para atrás.
¿Qué le pasará? Pobre... debe tener alguna pena grande. De amor, seguro.

(Grita)

¿¿Te dejó una mujer, Marcelito?? ¡Hay un montón dando vueltas por ahí! ¡Y mejores que esa estúpida! ¡Dale, no hagás macanas! ¡Fijate en otra! ¡Una como Cristina. ¡No, en la Cristina, no!! ¡En una como la Cristina! ¡Sos rejoyen y pintudo! ¡Vamos Marcelito, para atrás, para atrás! (Observa)
No llores, Marcelito. No me gusta verte llorar así. (Se gira para no mirar).
Ya está. Bueno, vivirá un día más Marcelito, que no es poco.
Parece que está solo, pobre. Y si no se acostumbra a la soledad...
Aquí, en este barrio, hay varios suicidas.
Está éste, el de la mañana, Marcelito, que se quiere tirar por amor. Pero nunca se tira.
Está el de la siesta, que tiene cara de Ramón. Vive en el Edificio 6. Ése tiene otro problema. Se siente fracasado y grita que no sirve para nada.
Bueno, Ramón se tira, pero como vive en el entrepiso entre la Planta Baja y el Primer Piso, se raspa la rodilla cada vez que se tira. ¡Y ahí nomás llega la ambulancia y lo suben a una silla de ruedas -porque ahora te duele la cabeza y te suben a una silla de ruedas- y salen volando para el hospital. (Hace el ruido de la sirena). A las dos horas lo traen de vuelta con una curita en la rodilla. Pero el insiste, y un día se le escapó a los enfermeros, empujando las ruedas con las manos, encaró para la avenida a ver si lo atropellaba algún camión, supongo.

Pero justo ese día habían cortado la avenida por reparaciones, así que con el impulso llegó hasta la platabanda y ahí nomás se quedó, esperando que algún triciclo lo atropellara. Los enfermeros lo alcanzaron y a los chirlos lo llevaron a su casa. Yo le gritaba:

¡¡Ramón!! ¡¡Reíte de la vida!! ¿Para qué te vas a suicidar? ¿No ves que pasan cosas lindas?

¡Que la vida es lo más lindo que hay! ¡Ya vas a tener tiempo de quedarte quietito en la oscuridad! ¡Toda la vida vas a estar muerto!

Pero Ramón no me escucha. Él insiste en matarse. Pero ni siquiera se cambia al tercero por lo menos. Quizás desde ahí se raspe el culito. No sé.

(Mira hacia otro lado) Después esta la Aída.

Es la de la tardecita. Y ¡ajo! que vive en un noveno. Pero Aída está protegida porque los familiares le hicieron una reja doble. Parece que la drogan porque sale bamboleándose al balcón y ahí se queda agarrada: “me quiero matar... me quiero matar”... Pobrecita.

Y después están los suicidas de la noche, pero a esos no los tengo identificados porque desde que estoy aquí nunca más he vuelto a ver ni la luna ni las estrellas por las noches. ¡Qué raro! Debe ser por la luz de los edificios que no dejan ver las estrellas. Siempre hay un cielo negro, sin nada. Y a mí que me encantaba mirar las estrellas. A veces me quedaba horas esperando que pasara una estrella fugaz y pensaba que alguna vez ella me iba a llevar. Astronauta quería ser yo.

¡Bah! ¡Tonteras de chico! Bueno... de los suicidas de las noches hay algunos exitosos que se tiran nomás y después viene el quilombo de las ambulancias, los policías, los bomberos, la prensa... que sé yo.

(PAUSA. Comienza a oler alrededor)

Mmmm... está llegando la hora de la comida. Mmm... Bueno... me llegó la hora para aquí también. (Se dirige a las plantas)

¡Señoras y señores, damas, caballeros y claveles: ha llegado la hora de comer!

(Toma el balde de albañil como olla y lo apoya en un tarro de pintura dado vueltas)

(A la Virgen) Permiso, Sra. Voy a pasar al ámbito de la cocina.

(De un tarrito vierte un poco de agua, mientras canturrea una canción)

¿A ver cómo está el nivel de agua?

(Toma una ruleta para medir y mide el agua)

Está bien.

(Ahora toma un nivel, lo coloca en los bordes del balde)

Va a ser de primer nivel.

(De abajo de la cama toma una caja de vino barato, oculta detrás de la imagen de la Virgen)

Permiso, mamita, ¿podés levantar las piernitas un ratito?

(Saca el vino y lo observa)

Éste no puede fallar. ¡Qué raro, tampoco se termina nunca, como la plata y la mezcla! Menos mal, porque yo tomo todos los días. Es un tinto que compré ese sábado, cuando me quedé. En la obra no está permitido tomar, pero... claro, los changos se dan maña, y yo también. Me compré el tinto a la mañana, me puse la gorrita y lo coloqué adentro. ¡Qué calidad para caminar sin que se caiga! Pasé, así, derechito frente al capataz, caminando como un conde. Y la subí aquí, para tenerla a la hora del almuerzo. ¡Porque no se puede comer sin un vasito de vino! ¿no?

(Ha tomado el fletacho y "pica" la arena con la cuchara como si estuviera cocinando)

Eso le da a uno un poquito de alegría de vivir. O mejor dicho, lo ayuda a terminar mejor el día de laburo que se hace largo.

(Reflexiona) Hoy no tengo ganas de comer solo. ¿Con quién puedo comer? ¡Ya sé!!

(Golpea con una mano la cama de madera)

¡Ya voy, ya voy! ¡Estoy cocinando!

(Otro golpe, como si fuera de la puerta)

¡Ya voy, ya te abro!

(Va a un extremo y representa a su hermano)

H: Abrime, abrime, que vengo con hambre.

ÉL: ("Abriendo la puerta") Pasá, pasá.

(Se abrazan)

ÉL: Hace rato que no te veo. ¿Cómo andan las cosas?

H: Y...más o menos, che. Sin trabajo, nomás.

ÉL: ¿No conseguís nada?

H: Nada.

ÉL: ¿Y tus chicos?

H: Ahí andan, jodiendo nomás.

ÉL: Sentate, sentate. Ya comemos.

H: ¿Qué hiciste hoy?

ÉL: Paella.

H: ¿Paella?

ÉL: Sí, paella. ¿No ves? ¿Qué no te gusta a vos el arroz amarillo con “bichitos”?

H: Sí. Pero hace años que no como paella.

ÉL: Bueno, hoy tu hermano te invita paella con camarones, mejillones, estrellitas de mar, caballitos de mar... ¡Hasta delfines le he puesto! ¡Mirá, éste camarón (lo mide con la ruleta) es de cinco centímetros y medio, doble pechuga! Es para vos. ¿Preferís muslo o pechuga?

(ÉL hace como que el hermano lo mira con cara de sorpresa)

H: ¿Qué? ¿Ganaste la quiniela?

ÉL: No, hacía rato que no te veía y quería cocinarte algo que yo sé que te gusta.

H: ¿Y cómo te acordaste?

ÉL: Me acordé. Una vez el viejo juntó unos mangos, ¿te acordás? Nosotros éramos chicos. Había agarrado una cadena de trabajo y parece que se le dio por festejarlo haciendo una paella. Vino ese día cargado de bolsas del Súper a la casa. ¿Te acordás?

H: Sí, sí...que la mamá lo retaba.

ÉL: Sí. “¡Qué cuánto habrás gastado!, ¡qué esto que lo otro!” Pero eran reproches de felicidad, la vieja lo quería, haga lo que haga. ¡Y los dos se pusieron a cocinar la paella!

H: Me acuerdo, me acuerdo.

ÉL: Y vos, que primero no querías comerla porque le tenías miedo a los bichitos, ¿te acordás?

H: Y la mamá me decía: “no seas tonto, si todavía no has probado. Primero probá y, si no te gusta, no comás”

ÉL: Y el viejo, enojado: “¿Qué no va comer con lo que me costó todo esto: la cagada que le doy!!” ¡Epa, carajo! Y vos probaste el primer bocado y te quedaste mudo. Y el segundo, y el tercero. Al cuarto, el viejo te dijo “¡Eh M’ijo! ¿Qué vas a repetir? Y vos: “No, Papá, si yo soy de poco comer!: (“Ambos” ríen a las carcajadas) ¡¡Cuatro platos te habías comido!!

H: (Riendo) Sí... sí... cuatro platos... (De pronto la carcajada se va transformando en llanto. El hermano saca un pañuelo y se seca las lágrimas)

ÉL: ¿Qué te pasa? ¿Por qué llorás ahora?

H: (Llorando y tapándose con el pañuelo) Es que desde entonces no he vuelto a comer nunca más una paella.

(Pequeño silencio)

ÉL: Bueno... está bien, está bien, calmate flaco. Mirá, en realidad no la hice pa’vos, la hice pa-ella (Y señala hacia Cristina)

(Vuelven a reír, el hermano en una mezcla de llanto y risa, secándose con el pañuelo)

H: Es que vos me hacés reír y llorar al mismo tiempo...

ÉL: Te quiero mucho.

(El "hermano" se vuelve a emocionar y llora)

ÉL: ¿Y ahora?

H: (Llorando y secándose las "lagrimas" con el pañuelo) Que me decís que me querés mucho.

ÉL: Y bueno... esto sí es verdad. Te quiero mucho.

H: Es que... que hace rato que nadie me dice que me quiere mucho.

ÉL: Y bueno... soy tu hermano, ¿no? Y te quiero mucho.

H: (Llorando) No me digas de nuevo.

ÉL: ¿Por qué?

H: ¿No ves, estúpido? Ya soy un hombre grande para hacer "papelones".

ÉL: A las personas que se quiere hay que decirles que se las quiere. Bueno, no te hago llorar más y ¡comamos!

H: ¿Paella?

ÉL: Hace media hora que estamos hablando que te cociné paella. ¡Dale, empecemos!

(“Ambos” se sientan y “conversan”. Una divertida música oculta el diálogo. “Ellos” ríen, “comen” como si los elementos reales fueran para eso, y “toman” vino. El clima es festivo, la música acompaña. Están un poco borrachos. El hermano se para con dificultad, Él también “tocado” por el vino, lo acompaña con la mirada)

ÉL: ¿Qué ya te tenés que ir? No importa, no importa. Vos tenés que buscar laburo, eso es lo importante. Andá tranquilo. Pero vení a visitarme más seguido. Yo te voy a cocinar lo que quieras: asado... pescado a la parrilla, lo que quieras. (Mientras, ha ido acomodando las cosas en su lugar) Hermano, esperá: decile a mis sobrinos que el tío les manda un beso. Que los extraño.

(Queda solo bastante “tocado”. Mira sus pertenencias, besa la Virgen y le dice:)

Me voy a mirar para adentro, Mamita.

(La música se hace más nostálgica. Él vuelve a quedar sólo. Cierra los ojos. Es como si durmiera. La luz cambia señalando el paso del tiempo. Se hace más sepia, como si la tarde fuese madurando. De pronto, se escucha una sirena de ambulancia, gritos, etc. Él se levanta, agitado)

¡¡La carretilla, la carretilla!!... ¡No, no, no! ¡Mi carretilla, no!

(Tarda un poco en darse cuenta que ha soñado. Se lava la cara con agua del balde de mezcla)

Es el mismo sueño de siempre... el mismo... caigo y caigo y trato de no soltarla, pero ahora se me fue de las manos... se me cayó... ¡¡no la pude ver más!!
¿Adónde está mi carretilla? Dios... mi carretilla...

(El ruido de ambulancias, sirenas, los gritos se intensifican. Él se da cuenta de que eso no es un sueño y mira hacia abajo)

Él: ¿Qué pasa allá abajo?

(Luego mira hacia el balcón de Aída, ese personaje que siempre trata de suicidarse por las tardes. La ve allí)

¡Eyyy Aída, quedate ahí! ¡Por Dios, se olvidaron la reja abierta y se puede tirar!
¡Quedate tranquila que ya a venir algún familiar...

(Se interrumpe. Observa con sorpresa, su rostro cambia. Levanta una mano y tímidamente saluda hacia Aída. Poco a poco va cobrando confianza y aumenta la efusividad del saludo)

¡¡Me saluda, me saluda!! ¿Me escuchás Aída? ¿No?
No importa, nos saludemos, hace años que nadie me saluda. ¿Has visto qué quilombo allá abajo?

(Mira hacia abajo. Se sorprende. Comienza a gritar en esa dirección)

Pero si todos los familiares de la Aída están abajo. (Grita) ¡¡La reja de Aída quedó abierta, alguien se la olvidó... se puede tirar!! ¡Ey, que suba alguno!

(Vuelve hacia Aída)

¡Tranquila, tranquila! ¡Ya va a subir alguno de los tuyos!

(Mira con atención)

Pero... ésta tiene la cara más feliz del mundo. Parece que se curó, no tiene intenciones de tirarse. Está feliz ahí. (Piensa. Luego grita hacia Aída) ¿Y para eso tanto quilombo, che? ¡¡Años te tuvieron controlada y la primera vez que se descuidan y te podés tirar, te hacés la Greta Garbo!!

(Grita hacia abajo)

¡Dejen que se tire nomás, por desagradecida! (Se ríe) ¡No! Llamen a los bomberos para que traigan un colchón inflable!

(Vuelve a mirar hacia ella)

Sí, sí... ya te saludé. ¿Qué? ¿Nos vamos a estar saludando toda la tarde ahora? Y se queda parada nomás, como hipnotizada. (Le grita) ¿Qué te operaron cataratas que recién ahora me ves? Años te estuve gritando y saludando. En fin... (Mira de nuevo hacia ese balcón) ¿Y esos tipos? Son policías. ¿Qué? ¿La van a llevar detenida? ¡¡NO HIZO NADAAA!! ¡¡NI SE TIRÓÓÓÓ!! (Observa) Bah... ni bola le dan... toman medidas... ¿para qué carajo? Ah... será para mejorar la verja... porque ahí está uno de los familiares que les da explicaciones. ¿Y para qué van a mejorar la verja si la Aída pudo tirarse y no se tiró? (Grita) ¡AFECTO!!! ¡Eso es lo que le falta a la Aída!! ¡No refuercen más la verja, dénle más AFECTO!!!

(Se escucha el ladrido del perro del edificio 5. Él mira en esa dirección.)

Pero no me ladra a mí. Ladra para...

(Mira hacia Aída)

...ladra hacia Aída. ¡Y ella lo saluda! (Al perro, gritándole) ¡¡Che, vos sos "mi" perro!! ¡No el de ella!! ¡No cambiés de dueño ahora!

(Ahora se escucha la hermosa voz de una mujer que canta el aria de Madame Butterfly. Es Aída quien canta. Él, maravillado, la observa. Se construye un momento de intenso placer, en el cual Aída finaliza su actuación estupendamente. La luz ha ido cambiando y haciéndose más azulada. La noche va llegando)

¡¡Cómo había sabido cantar la Aída!!!

(Con el final de la canción, levanta la vista y, de pronto se queda estupefacto, absolutamente maravillado)

Las... las... ¡¡¡Las estrellas!!! ¡¡"Salieron" las estrellas!! ¡Hace años que no...!! ¡¡LAS ESTRELLAAASSSS!!

(Está profundamente conmovido y feliz. Mira hacia otro lado y descubre la luna)

¡¡Y la luna!! ¡¡Hay una luna enorme, parece un aro colgado del cielo!! ¡¡ESTÁ LA LUNAAA!!

(Ahora se dirige hacia Aída)

¿Las ves? ¿LAS VES?? ¿Te pregunto si las ves?... ¿No?

(Del lado de Aída hay una respuesta negativa)

Pero... ¿cómo que NO las ves?? ¡Están ahí! ¡Mirá! ¡La cruz del sur! ¡Las tres Marías! ¡¡Todas, todas!! Soy el tipo más feliz del mundo. ¿Para qué más? (Besa la Virgen repetidas veces) ¡Gracias, mamita, gracias!

Lo único que falta ahora es que pase una estrella fugaz. Hay que tener paciencia nomás. Ya va a pasar una. ¡Así como cuando era chico y quería que alguna me lleve! Mis viejos me decían que hay que pedir un deseo cuando pasa una. El problema es que, cuando aparecía una, yo nunca tenía preparado mi deseo y se me iba sin que pudiera tener tiempo de decirlo. ¡Me quedaba con una bronca negra! Ahora no, ahora voy a estar listo, ¿qué puedo pedir? ¡Claro! ¡Ya está! ¡Encontrarme con mi carretilla!

(Se mueve en todas direcciones mirando hacia arriba, con una creciente excitación)

¡Y éstas no son tonteras de chicos!

(Se sienta. Mira hacia Aída)

Ahora sí que tengo algo nuevo para esperar. Una estrella fugaz...

(Pausa. Mira hacia el lado de Cristina. Se levanta y se vuelve arreglar con rostro feliz y esperanzado)

Quizás con la luz de la luna...

(Observa un momento, pero su rostro se transfigura)

¿Y ese tipo quién es? Es otro, no el del cigarrillo... Se ríen. ¡No, Cristina, no! ¡No lo besés!... no lo besés. Y ahora entrarán a la pieza, bajarán la persiana y...

(Impulsivamente toma un ladrillo para arrojarlo pero se frena)

No... no. Se acabaron los avioncitos y los ladrillazos para vos, Cristina.

(Acaricia una planta y le habla)

¡Cómo es la vida! ¿no? Nos quita y nos da. Es como un guisito de pobres, ¿no? de esos con poca carne y cuando uno encuentra un pedacito hay que saber masticarlo, despacio, sin apuro, para que dure más... porque hay tan poquitos. O cómo un cielo estrellado al que le falta que pase una estrella fugaz. En fin... la cosa es tener siempre algo para esperar.

(Mira hacia Aída, y con un impulso desde adentro, le grita)

¡¡¡AÍDA, LA COSA ES TENER SIEMPRE ALGO PARA ESPERAR!!!
¡Ehhh! ¡Me entendió! (Le grita de nuevo) ¡¡AUNQUE NOS MIENTAMOS, AIDA!!
¡¡AUNQUE NOS INVENTEMOS ENGAÑOS PARA ESPERAR!! ¡O TONTERAS! ¡COMO,
POR EJEMPLO, LA MARAVILLA DE QUE ALGUIEN NOS MIRE, O NOS SALUDE, O NOS
HAGAMOS UN SANDWCHITO DE NADA PARA COMERLO A LAS SIETE DE LA TARDE!!
¡¡LA COSA NO ES EL SANDWICHITO, SINO ESPERAR LAS SIETE DE LA TARDE!!

(Mira hacia abajo, sus ojos se abren, enormes y maravillados)

¡¡La... la... LA CARRETILLA... Mi carretilla está allá abajo, destrozada!! Y yo...
yo... ahí... al lado... tirado.

(Mira hacia arriba. Una estrella fugaz pasa. Él, llorando, la sigue con la mirada.)

Está pasando... mi estrella fugaz... está pasando.

(El canto de Aída vuelve a hacerse sentir. Él besa la estampita, acaricia a cada una de sus plantas y al ladrillo que le servía de almohada, despidiéndose. Luego saluda con una mano a Aída)

¡Chau Aída, chau!

(El canto y la música suben en intensidad. Él mira hacia donde va la estrella fugaz y su cuerpo se estira hacia allí. El aria del canto finaliza. Se escucha el lamento de algunos perros. La luz poco a poco se fue esfumando marcando el FINAL)

Carlos María Alsina. Correo electrónico: carlosmalsina@yahoo.com.ar

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar